

Un Espíritu de Paciencia y Esperanza

El anhelo de un mundo mejor: más justo y solidario;
el sueño que albergamos de una globalización para todos;
las justas demandas de Porto Alegre...
se enfrentan a la cruda realidad y a la terrible ambigüedad de las cosas,
de los hechos históricos,
de las decisiones políticas,
de las estrategias económicas.
¿Quién nos enseñará a roturar las sendas de nuestros sueños de justicia global?
¿Con qué ánimos?
¿Con qué ánimo?

Está claro, que *ese anhelo de un mundo mejor, más justo y solidario, ese sueño que albergamos de una globalización para todos, de una justicia que alcance el último extremo del Planeta*, está en lo más profundo de nosotros mismos, no ya como cristianos, creyentes, sino sencillamente como humanos; es el sueño de convertir este mundo nuestro en una casa común, de sentirnos unos a otros como familia, familia que comparte la misma mesa, familia sentada a la mesa de la igualdad, con la misma dignidad...Y sin embargo, sabemos bien que ese sueño, ese anhelo, se enfrenta a la cruda realidad de todos los días. Todos los días nos desayunamos con la ruptura de ese sueño; todos los días sentimos que ese anhelo vive permanentemente amenazado por la terrible ambigüedad de las cosas, de los hechos históricos, de las decisiones políticas de los que tienen la capacidad de decidir...Todos los días nos encontramos con que las estrategias económicas y las decisiones políticas dan al traste con esos sueños de justicia, porque el horizonte de los que tienen la capacidad de empeñarse en el bien común de manera especial –porque el interés por el bien común está en todos nosotros– no es el mismo que el nuestro.

El trabajo por la justicia es un trabajo arduo, costoso... Incluso es un trabajo penoso, sufrido... No hace falta haber escuchado muchas conferencias para constatarlo, porque es nuestra experiencia cotidiana. ¿Quién nos enseñará entonces a roturar las sendas de nuestros sueños de justicia global? Es decir ¿dónde encontraremos el manantial, la fuente

donde beber para no cansarnos en ese puro ejercicio? ¿Cuál es el ánimo, el ánimo, el espíritu que necesitamos para atravesar un tiempo difícil? A mí me parece que *un espíritu de paciencia y esperanza* es el que nos ayudará a atravesar un tiempo complicado, una historia difícil como es la historia a la que estamos referidos permanentemente en lo cotidiano.

La palabra espíritu, espiritualidad, no hay que entenderla como algo que nos separa de lo cotidiano, de la vida, de lo material... La espiritualidad, bien entendida, no es sino intentar vivir algo con espíritu, intentar vivir con aliento, intentar hacerlo propio... La palabra espiritualidad nos habla de interioridad, de algo que hemos de trabajar por dentro, de hacer que lo oído, lo reflexionado, lo sentido, pase al mundo de la sensibilidad. La palabra espíritu nos habla de silencio...a veces tenemos necesidad de salir del camino de todos los días, de buscar la noche, de hacer que resuenen los ecos en ese espacio íntimo donde uno, a solas consigo mismo, o a solas con Dios, pregunta: *Y tú, Señor, ¿cómo estás ahí? ¿qué quieres de nosotros?*

La palabra espíritu nos habla también de aliento, de respiración honda... La palabra espíritu nos habla sobre todo de mística, porque sin mística, si no estamos tocados por ella, difícilmente vamos a poder aguantar el tirón inmenso de ese mundo nuestro que empuja en direcciones bien distintas a las esperadas. Karl Rahner, en esa frase que todos citamos alguna vez, *el cristiano del siglo XX* –ahora tendríamos que decir del XXI– *o es místico o no será*, venía a

decirnos que los cristianos, o viven de hondas convicciones, o no serán nada; ni siquiera podrán ser humanos en este mundo nuestro, porque vivirán con una subjetividad arrebatada por la cultura del entorno. Unas convicciones hondas, unas convicciones fuertes... eso es lo que queremos decir con la expresión *una mística de la paciencia y de la esperanza*. En mi opinión, todo eso es lo que nos enfrenta a la posibilidad de decir algo con sentido.

Susan George, una de las representantes del foro de Porto Alegre, vicepresidenta de ATTAC tiene, en el epílogo del libro "Justicia global", no una definición de la esperanza, sino lo que yo creo que es su manera de hablarnos de la esperanza: *cómo perder sin desanimarse*. En estas líneas que forman parte de un epílogo pequeño pero sabroso, lleno de contenido, decía que, los que han estado siempre en el mundo nuevo y en la pelea por el mundo de Dios —ella no lo dice en esos términos creyentes porque creo que no lo es; para ella sería un mundo percibido como casa común, como familia— son todos aquellos que: *"Lucharon y perdieron, lucharon y perdieron, lucharon y perdieron. Podemos ganar, pero a condición de acordarnos de una realidad penosa: todo, o casi todo, tarda mucho, un tiempo increíble... la primera lección es: cómo perder sin desanimarse"*.

¿Qué son entonces la paciencia y la esperanza? ¿Qué es el espíritu de paciencia y esperanza? Por un lado, la conciencia de lo mucho que tarda en lograrse; ese *tiempo increíble* del que nos habla Susan George, el respeto que debemos al ritmo de las cosas, no podemos ir por delante de ellas. Pero este espíritu paciente nos dice también que es la convicción de que la espera está urdida de determinación; que no es sólo quedarnos contemplando el ritmo de las cosas, sino que también podemos despejar el cauce para que el río fluya; y disponernos a recibir...—expresión muy ignaciana. Ignacio nos dice que, en los Ejercicios Espirituales sobre todo, el ánimo, el ánimo, nosotros mismos, el que se ejercita, tiene que estar dispuesto y disponerse a recibir—. En último término, la paciencia será también *un don*, cuando nos hayamos dispuestos a pelear para conseguirla.

La esperanza también podríamos resumirla como dar cuenta de las propias convicciones al tiempo que nos resistimos a ceder a la aflicción, la resignación, la amargura y el derrotismo. Se nos dice continuamente, sobre todo el neolibe-

ralismo que nos amenaza, que no hay remedio, que tenemos que contentarnos con lo que hay. La esperanza puja en una dirección contraria; es resistirnos, precisamente, a esa derrota; es creer que tenemos futuro; creer que lo nuestro inaugura, puede inaugurar, un tiempo nuevo. Es vivir con este convencimiento de que no estamos condenados al eterno retorno de las lágrimas. En cristiano, nuestra esperanza es Cristo, pero el crucificado resucitado. A la resurrección, al tiempo nuevo, se pasa por haber puesto también en juego la vida. Nuestra esperanza es una esperanza crucificada.

Después de esta introducción, paso a la primera parte de la reflexión sobre **LA PACIENCIA**, *el espíritu de paciencia*.

Nosotros, como comunidad, como humanidad que analiza, que escucha, que espera, que trabaja, que se compromete por el mundo nuevo, ¿dónde podemos adquirir este espíritu de paciencia que es el que nos va a permitir, de verdad, estar en la pelea diaria sin ceder a la aflicción, sin ceder a las lágrimas, sin retirarnos a nuestros cuarteles de invierno? Me voy a fijar en tres hitos.

El primero: para adquirir este espíritu de paciencia hay que **observar el ritmo vital de las cosas**. Observar las cosas nos hará pacientes. Esa actitud tan ecológica y saludable como es la de observar y respetar el ritmo de las cosas, las plantas, los animales, nosotros mismos, nos ayudará a saber de qué hablamos. Jesús, en las parábolas y en las recomendaciones, cuando mira la naturaleza en torno, nos enseña precisamente la sabiduría paciente, comentando el hábito de la contemplación, el hábito de la observación: *Mirad cómo crecen las plantas... mirad cómo se mueven los animales... mirad cuál es el ritmo de las estaciones...*

Hay dos textos que nos hablan de esta observación. El primero es "La historia del bambú japonés". En mi opinión, es un relato que nos habla de manera elocuente de esta primera actitud que nos hace conseguir la paciencia, tan deseada y tan necesaria. No hay que ser agricultor para saber que una buena cosecha requiere de buena semilla, buen abono y riego constante. También es obvio que quien cultiva la tierra no se para impaciente frente a la semilla sembrada y grita con todas sus fuerzas: "¡Crece, maldita sea!". Nos dice el relato que con el bambú japonés sucede algo muy curioso, que lo transforma en no apto para impacientes:

Primero siembras la semilla, la abonas y te ocupas de regarla constantemente; durante los primeros meses no sucede nada apreciable; en realidad no pasa nada durante los primeros 7 años, hasta el punto de que un cultivador inexperto estaría convencido de haber comprado semillas infértiles. Sin embargo, durante el séptimo año, en un periodo de sólo seis semanas, la planta de bambú crece más de 30 metros. Evidentemente no tardó sólo seis semanas en crecer; la verdad es que tardó 7 años y seis semanas en desarrollarse. Durante los primeros 7 años de aparente inactividad este bambú estaba generando un complejo sistema de raíces que le permitirían sostener el crecimiento que iba a tener después de siete años.

Es tarea difícil convencer al impaciente de que sólo llegan al éxito aquellos que luchan en forma perseverante y saben esperar el momento adecuado.

Por tanto, la observación de las cosas nos muestra que *el espíritu de paciencia* se teje en un complejo sistema de raíces que van urdiendo, poco a poco, la trama de la vida; que nada tiene que ver con soluciones rápidas o triunfos apresurados. Es esa capacidad de aguante de los que, como decía Susan George *lucharon y perdieron, lucharon y perdieron...* Ni dice "¡maldita sea, crece!", ni hace como los niños que, cuando se impacientan porque quieren que una cosa crezca enseguida, tiran de ella... Nada de eso hace la historia, porque nada de eso hace posible la vida.

El otro relato, de Nikos Kazantzakis, nos cuenta lo que dice Alexis Zorba: *Recuerdo una mañana en la que descubrí un capullo en la corteza de un árbol, en el preciso momento en que la mariposa lo rompía y se disponía a salir. Esperé largo rato, pero tardaba demasiado y yo tenía prisa; nervioso me incliné y me puse a darle calor con mi aliento, le di calor impaciente, y el milagro comenzó a operarse ante mí a un ritmo más rápido del querido por la naturaleza; el capullo se abrió, la mariposa salió arrastrándose y jamás olvidaré el horror que experimenté; sus alas aún no estaban abiertas, y todo su cuerpecillo temblaba mientras se esforzaba por desplegarlas. Inclinado, yo le ayudaba con mi aliento... ¡en vano!. Era necesaria una paciente maduración y el despliegue de las alas tenía que haberse hecho lentamente al sol, pero ya era demasiado tarde, mi aliento había obligado a la mariposa a mostrarse toda contraída*

antes de tiempo. Se agitó desesperadamente y unos segundos después murió en la palma de mi mano. Creo que aquel pequeño cadáver es el mayor peso sobre mi conciencia porque, hoy lo comprendo perfectamente, es un pecado mortal forzar las grandes leyes de la naturaleza. No debemos apresurarnos ni impacientarnos, sino seguir con confianza el ritmo eterno.

Por tanto, el éxito es más bien fruto del crecimiento interno y del tiempo, y esa sabiduría la aprendemos si nos hacemos ecologistas cabales, de verdad, en lo que es la observación de las cosas, el crecimiento de cuanto ocurre a nuestro alrededor; si somos capaces también de tener esa mirada larga sobre el tiempo, sobre la historia, no una mirada precipitada que se pone delante de los acontecimientos, sino que sabe también esperar.

Además de lo anterior, la paciencia, esa paciencia que crea la vida, está también hecha, tejida, de determinación. La paciencia es fruto de la espera, pero tiene también ese componente radical de tenacidad. También está en nuestras manos. Hay un poema de Benjamín González Buelta que a mí me gusta especialmente porque viene a decir esto mismo:

*Esperaré a que crezca el árbol y me dé sombra,
pero abonaré la espera con mis hojas secas.
Esperaré a que brote el manantial y me dé agua,
pero despejaré mi cauce de memorias enlodadas.
Esperaré a que apunte la aurora y me ilumine,
pero sacudiré mi noche de postraciones y sudarios....*

En definitiva, se nos invita a abonar el árbol, a despejar el cauce, a sacudir la noche, a vaciar la casa... la tierra y el lamento se abrirán a la esperanza... Los procesos históricos nos enseñan que no podemos ir delante de las cosas: *esperaremos a que crezca el árbol, pero abonaremos la espera...* La paciencia es, desde luego, ajena a la resignación. Por tanto, observación y determinación, observación y tenacidad, respeto por el ritmo de las cosas, al tiempo que también nos disponemos a que eso sea posible.

Segundo hito: observar a Dios nos hace pacientes. Observar al Dios bíblico, al Yahvé veterotestamentario, al Padre de Jesús, nos hace también pacientes. Decía Edith Stein: *Sé paciente, Dios lo es...* Si antes hablábamos del respeto al ritmo de las cosas, Dios nos habla, sobre todo, del respeto y el ritmo que le debemos a los demás, a la libertad de los demás. No

apresurar tampoco al otro, no agobiar al otro, no invadir al otro. La paciencia es la característica de ese Dios en el que creemos, y de la experiencia de aquellos que se llegan hasta Él. Hay dos textos en los que me gustaría fijarme especialmente porque van a la entraña misma de lo que acabo de decir.

El primero es el episodio de la entrega de la ley que Dios hace al pueblo como expresión de su voluntad (Deut.5,1-22): *No desearás la casa, la mujer, el asno, ni cosa alguna del prójimo... no matarás...* Esto tan breve es como decir: harás un espacio al otro para que viva, dejarás que lo de tu vecino se despliegue en libertad, con su tiempo y con su espacio, sin que nadie lo amenace o quede expulsado de lo suyo, no privarás a nadie de lo que le es debido. Dios nos enseña que paciencia es respetar el ritmo y la libertad del otro. Por el contrario, el comienzo de la idolatría no es sino un acto de impaciencia. La paciencia de Dios está también calificada, quizá de una manera mucho más expresa, cuando se habla del Dios misericordioso, del Dios que es ternura, del Dios que es compasión.

El texto de Oseas 2,4-25, habla elocuentemente de esta capacidad paciente de Dios. En este episodio, bajo las palabras del profeta, Dios nos muestra el amor celoso que siente por su pueblo. En este pasaje, donde el profeta se queja amargamente de la infidelidad de su mujer, donde Dios se queja de la infidelidad permanente de su pueblo, ocurre algo muy elocuente que nos sirve para ejemplificar lo que queremos decir ahora; hay en él una serie de reproches y una serie de amenazas que están mediadas por un término hebreo que podríamos traducir como "por eso".

El primer reproche sería: *su madre se ha prostituido, ella, la mujer de mi alma, mi pueblo querido se ha prostituido, se ha deshonrado la que los concibió, cuando decía "me iré detrás de mis amantes", los que me dan mi pan y mi agua, mi lana y mi lino, mi aceite y mis bebidas...* Tras este reproche viene la amenaza: *Por eso yo cerraré sus caminos con espinos, la cercaré y no encontrará más mis senderos. Perseguiré a sus amantes, no los alcanzará, los buscará y no los hallará más...*

El segundo reproche sería: *No sabía que yo era quien le daba el trigo, el mosto y el aceite virgen; yo le multiplicaba la plata y el oro y ella lo empleaba en Baal. Amenaza: Por eso volveré a tomar mi trigo a su tiempo y mi mosto en su*

estación, retiraré mi lana y mi lino con el que cubría su desnudez...

Tercer reproche: *Se iba detrás de los amantes, olvidándose de mí. Por eso* – de pronto, se rompe la lógica del reproche y de la amenaza y, sin que haya algún signo de conversión por parte de Gomer, ni por parte del pueblo de Israel, viene la decisión insólita por la cual este texto se convierte para nosotros en un texto elocuente de paciencia que nos desvela la misericordia, el corazón hondo de Dios– *voy a seducirla, llevándola al desierto, hablándole al corazón. En el desierto me haré para ella brisa y rostro...*

Esta es la paciencia de Dios con nosotros, con la historia. Es un texto que nos habla de ese recomienzo por el cual Dios siempre nos da una nueva oportunidad para seguir existiendo. Es la posibilidad de una nueva historia de amor, de una nueva alianza. La paciencia, la ternura de Dios, es una nueva posibilidad. Sigue haciendo posible la historia, sale de los callejones sin salida de lo que se esperaba, para decirnos que todavía el futuro es posible: *Sé paciente, Dios lo es...*

Porque Tú, Señor, eres paciente, todo lo gobiernas con misericordia... La misericordia de Dios tiene su fundamento en la paciencia, que le lleva a no abortar nada, sino a proteger los procesos, a mirarlo todo con una larga mirada de ternura que pone la dignidad del otro en pie; la mirada de bondad para que la vida, especialmente la vida más amenazada, siga siendo posible... *la caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante, no lo apagará...* (Is.42,3)

Aprender, pues, de Dios, supone fomentar este espíritu paciente, supone pararse ante las encrucijadas de la vida, de la historia, para elegir de nuevo el amor.

Tercer hito: Para seguir alimentando en nosotros el espíritu de la paciencia, cultivándola en nosotros, hay que **fomentar la vida interior**. Sin vida interior no hay paciencia; sin vida interior no hay perseverancia ni resistencia porque la paciencia empieza por uno mismo. Como dice San Francisco de Sales: *Sé paciente con todas las cosas, pero sobre todo, contigo mismo*. O como dice Rainer María Rilke, el gran poeta alemán: *Sé paciente con todo lo que aún no está resuelto en tu corazón*. Quizá sea ésa también la paciencia que late en el fondo de los Evangelios cuando se nos dice que *María guardaba las cosas en su corazón...* María no entendía

muchas cosas, pero no salía corriendo, María aguardaba y, de alguna manera, en su vida fue resolviendo y respondiendo a todas esas preguntas... precisamente con una paciencia semejante a la que nosotros quisiéramos hacer nuestra. Es, pues, tarea de todos los días examinar la vida para saber qué es lo que dirige nuestra existencia, y cuáles son nuestras causas... La paciencia es una herramienta imprescindible en el proceso de la construcción personal.

Me impresionó la oración de una muchacha, Irene Ramagosa, en un diario que llegó a Sal Terrae. Esta muchacha murió a los 23 años de un cáncer que arrasó su vida. En aquel diario había una jaculatoria que repetía todos los días: *Te pido luz suficiente para ver mi propio paso...* En principio, alguien que está invadido por el cáncer no tiene que hacer muchas profecías sobre su vida para saber cuáles serán sus próximos pasos, más que una espera de muerte. Sin embargo, morir no ha de ser un acto pasivo; puede estar lleno de determinación, la determinación con la que vivía cada momento de su existencia esta mujer, Irene... Cada día tiene su sorpresa, cada día tiene su novedad, y a veces morir es el último acto consciente de la vida. No hay posibilidad de hacerlo sin vida interior; no hay posibilidad de aguantar el tiempo sin vida interior; no hay posibilidad de paciencia, de resistencia, de perseverancia, si no hay, de verdad, un cultivo permanente, desde la observación, y como hemos dicho, desde la contemplación, desde el examen, desde la reflexión, desde la soledad...

Hay otra historia que también puede ayudarnos a entender este tercer rasgo: Año 1955, Rosa Park, una mujer joven, una costurera de color de Alabama, regresaba del trabajo y se sentó en el asiento del autobús; asiento que estaba reservado sólo para los blancos. Un blanco se lo reclamó, pero no lo cedió; la detuvieron y fue a juicio. El juez blanco, falló, no contra Rosa Park, sino contra la Compañía de transportes por establecer un sistema de segregación racial inconstitucional. Fue el principio de la abolición de las normas de segregación de los EE.UU. Rosa Park y aquel hombre, el juez Frank Jonson, cambiaron el curso de la historia. Es probable que el gesto de Rosa Park –que, como un día más, salía del trabajo, seguramente cansada y ocupó aquel asiento– no fuera más que uno de los ejercicios de ese esfuerzo interminable, continuado, de ese “tiempo increí-

ble” del que nos hablaba antes Susan George. Pero esa vida personal, la de Rosa, asentada en convicciones personales, en un esfuerzo continuado de dignidad, es fruto de alguien habitado por un espíritu paciente, cultivado en la escucha interior y en la perseverancia; paciencia y aguante hasta el momento oportuno...

Así sabemos que hay gestos pequeños que, en un momento determinado, se convierten en revoluciones. Precisamente hoy, viniendo en el autobús, leía en la contraportada de El País un artículo que Rosa Montero dedicaba a los héroes; decía lo siguiente: *A mí, los que de verdad me interesan son los héroes discretos, esa inmensa legión de personas normales, decentes, responsables, que se limitan a hacer frente a sus obligaciones, que dan todos los días los pasos que las circunstancias les exigen; pequeños pasitos, unos detrás de otros, que acaban por conducirles a la realización de auténticas proezas sin pretenderlo, sin buscarlo y sin rehuirlo.*

Creo que aquí está maravillosamente bien reflejados Rosa Park y el juez Frank Jonson, de los que acabamos de hablar.

En resumen, un espíritu paciente nos muestra esa capacidad de padecer y soportar algo; de hacer cosas pesadas y minuciosas; de saber esperar el ritmo de las cosas; de tolerar lo nuevo, lo distinto... de aprender a convivir con lo propio y respetar a los demás. Vivir con espíritu de paciencia es aguantar en la adversidad; llevar adelante las propias convicciones; dejarse tocar por la crítica: mirar con una larga mirada; creer en lo que uno puede llegar a ser; guardar en el corazón lo que aún no está resuelto; no atropellar las pretensiones de los demás; ponerse en contacto con la naturaleza; soñar con una realidad nueva, trabajar, confiar...

Paciencia, en fin, no es un ungüento mágico que todo lo arregla; no elimina la oscuridad, ni garantiza la certeza del intento, no tiene tras de sí la claridad de la resistencia... Nosotros deberíamos decir más bien, y sería quizá más preciso, que nuestro espíritu es un espíritu de paciente impaciencia. Lo decía muy bien García Roca al afirmar que nosotros tenemos una gran urgencia de que ese nuevo Orden Internacional, esa justicia para todos, que el mundo que esperamos y soñamos ¡sea ya!... Lo esperamos y lo necesitan además las víctimas de ese mundo nuestro, los más amenazados... No podemos esperar demasiado, es urgente, vivimos de esa

urgencia...Y es verdad... impacientes con las metas, pero pacientes con los procesos... Creo que es también una manera de afirmar o de definir lo que estamos queriendo decir. La revolución sandinista tituló uno de sus mejores libros así: "Una paciencia impaciente"; ésa es la médula de la resistencia.

Paso a hablar de la **ESPERANZA** intentando definirla con algunos rasgos, sobre todo para alimentar nuestras convicciones.

Esa realidad a que nos referíamos antes de las relaciones Norte-Sur, del desentendimiento de unos hermanos por otros, los crímenes, los horrores, las barbaridades, las flagrantes injusticias, es decir, todo aquello a lo que nos asomamos todos los días, no promueve precisamente la esperanza. Ya hemos visto cómo la globalización neoliberal está empeñada en afirmar que no hay alternativas; y quizá por ello, este espíritu de paciencia y esperanza sea lo más genuino que podemos aportar los cristianos a la cultura presente. Decía Moltmann que *el cristiano cumplirá verdaderamente su misión si contagia esperanza a los humanos*.

Probablemente la esperanza sea uno de los rasgos distintivos de la comunidad cristiana. Dar razón de la esperanza es dar cuenta, precisamente, de esas convicciones y, al mismo tiempo, resistirnos a ceder a la aflicción, a la resignación, a la amargura, al derrotismo. Pero, ¿qué es la esperanza? Entre los textos que han caído en mis manos, hay un par de definiciones que me han gustado especialmente. Una de ellas: *Esperanza es creer en lo que uno hace, cuando lo más fácil sería dudar*, de la poetisa Ann MACKENZIE. Otra está en la lápida de un ratero brasileño: *La esperanza es cuando el dolor presente nos hace intentarlo otra vez*.

La esperanza es dar cuenta –de obra y de palabra– de las propias convicciones, sabiendo que las derrotas de ahora son, sin embargo, derrotas provisionales; que nuestra convicción está por encima del tiempo y seguimos peleando por ella. Un espíritu de esperanza es el que nos impulsa a afirmar siempre la vida y la abundancia. La pasión por la vida es la que orienta la esperanza. *He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia...* Cristo es nuestra esperanza, decimos los cristianos.

Cuatro pilares sobre los que se apoya la esperanza: Cuatro pilares que forman parte de la entraña de la esperanza.

El primer gran pilar es la realidad misma. La esperanza cristiana, la esperanza en general, conoce precisamente la terrible ambigüedad de las cosas y sus costes. Sin embargo, la esperanza analiza, sueña, espera... No sé si recordáis el precioso poema en el que Charles Peguy pone en boca de Dios aquella expresión: *Mi asombro es la esperanza. Que estos pobres hijos míos sepan cómo van las cosas, vean cómo marcha todo –dice Dios– y crean que mañana todo irá mejor; es la mayor de las maravillas*.



Probablemente la esperanza es lo que nos distingue suficientemente como hondamente humanos, efectivamente, desde la realidad misma. Si la esperanza es una virtud, si es un poder –que eso significa la palabra virtud– se debe a que se afirma en la realidad; de lo contrario la esperanza sería una pura ensoñación, una pura ilusión. Todas la homilías de Monseñor Romero comenzaban

mirando la realidad del país y venía a decir algo que también nos decía el verso del poeta A. Machado: *Por todas partes he visto caravanas de tristeza, por todas partes he visto cómo, en el cantón, en el pueblecito, desaparecidos, muertos, asesinados...* El comienzo de su homilía era una mirada sobre la realidad de su país, para dejar caer a continuación sobre ella la Palabra de Dios y terminar diciendo: *Hermanos, algo podemos hacer*.

Esa es la esperanza, ésa es parte de la esperanza a la que estamos llamados y de la que debemos ser testigos en el mundo. En el fondo, lo que Romero hacía era desvelar la realidad de las cosas, llamarlas por su nombre, lo que suscitaba en los pobres una gran confianza; alguien tenía la confianza de decirles la verdad, alguien que hacía generar en ellos esa confianza en su propia dignidad para abrir el futuro. El foro de Porto Alegre (Brasil) habla de restaurar la verdad del lenguaje y la credibilidad de la información, es uno de los objetivos del mundo nuevo, del otro mundo posible. Romero seguía así a Jesús que, en la parábola del sembrador, se presenta como un hombre de profunda esperanza, al tiempo muy realista también, porque

no deja de contemplar el enorme desgaste que nuestra tarea, nuestra actividad, nuestra voluntad, tiene sobre las cosas. Jesús cuenta cómo el sembrador siembra a voleo, y cómo, en ese esfuerzo suyo, hay cosas que se logran y cosas que no se logran... Sabemos, por tanto, que parte de nuestros esfuerzos serán baldíos, que no darán el fruto ansiado pero que al final, como dice Jesús en la parábola, habrá cosecha.

Creo que éste es el equilibrio, en el que se mueve nuestra esperanza, es decir, sin dejar de afirmar lo que hay, esperamos el mundo nuevo.

El segundo pilar supone que ciertamente, **la esperanza mira la realidad, pero la sueña distinta.**

El sueño, la ensoñación, la evocación, es también parte, es también rasgo de esa esperanza nuestra. La esperanza cristiana es capaz de imaginar el mundo nuevo, el futuro mundo de la justicia global, y soñándolo lo anticipa ya de alguna manera. *Albergo un sueño* – decía Luther King– *esta noche tuve el sueño de que un día toda la nación se pondrá en pie y vivirá el verdadero significado de su credo, que todos los hombres son creados iguales. Albergo un sueño* –decía Dios por boca de sus profetas; *a Dios, penar y suspiros...* Ni Luther King, ni Isaías ocultaban la enorme realidad, pensante, dura, difícil, por la que atravesaban los negros o los pobres del país, pero su esperanza está transida de sueños, de superación y de dignidad. Luther King no ocultaba que el Estado de Mississipi era en el presente, un Estado abrasado de injusticias, pero seguía soñando, *que unos y otros, los dueños y los hijos de los dueños, los esclavos y los hijos de los esclavos, se sentarían algún día en la misma mesa*

Ahora bien, no cualquier sueño vale, sino aquel que posee también los ingredientes del sueño de Luther King y de los profetas: Por un lado, fideliad a la realidad. No se inventan las cosas, sino que las describen; no se despegan de las cosas, pero las sueñan distintas. También tienen esos sueños un gran componente de ternura. Los hijos de unos y los de otros; es un sueño de comunidad y de inclusión: todos, desde un lenguaje que mueve a dignidad. No se trata aquí de lo que decía aquella coplilla latinoamericana, que quizás hemos cantado en algunas manifestaciones: *que la tortilla se vuelva, que los pobres coman pan y los ricos mierda, mierda....*, sino de esta capacidad de soñar de verdad que todos estamos invitados a participar

de la misma mesa, de la misma dignidad, a vivir ese mundo de hijos y de hermanos.

Tercer pilar: Un espíritu de esperanza necesita también buenas dosis de **esperanza analítica, de reflexión, de contemplación.**

A mí me gusta mucho esta palabra, contemplación, porque me parece que no se refiere sólo a la espiritualidad, a lo oracional, sino a la capacidad de mirar para adentro las cosas, de taladrar en la realidad, de descubrir las enormes potencialidades de todo. La contemplación que está también transida de análisis, de reflexión, de examen. Un espíritu de esperanza tiene buenas dosis de contemplación, porque Dios viene siempre, Dios no se niega a sí mismo; Dios está conmovido de cuanto nos ocurre y quiere encontrarse con nosotros –ésa es la alianza que ha sellado con nosotros. Pero a lo mejor Dios no viene como lo imaginan nuestros sueños, sino que, en realidad, llega a través de múltiples acontecimientos, de unos signos –los signos de los tiempos de que nos habla el Vaticano II –que hemos de esclarecer, de escrutar, para saber cómo viene Dios hasta nosotros. Es la pregunta del creyente: *Y tú Señor, ¿cómo estás ahí? ¿Qué quieres de nosotros?*

Tenemos que acostumbrarnos también a ese paso, tantas veces imperceptible, de Dios. Quizás imperceptible porque no hemos acomodado nuestro corazón ni nuestra mirada a ese paso suyo; pero Dios viene siempre. Los apóstoles de Emaús, en el relato de Lc24, también habían soñado con un Mesías que traería la liberación de Israel, con un Mesías que lo haría todo nuevo. Lo tuvieron al lado y no lo vieron, no lo descubrieron. Necesitaron que alguien les leyera la vida; necesitaron que alguien les analizara los acontecimientos; necesitaron que alguien de verdad les fuera descubriendo todas esas pequeñas pistas donde Dios sigue aconteciendo para descubrirlo.

Hay otra narración “La historia de los tres árboles”, muy ilustrativa y que tiene que ver con ese espíritu contemplativo de cómo Dios viene siempre a nuestra vida como amor, bondad, justicia y paz, pero no necesariamente como lo hemos soñado, sino como Él quiere... a veces, escribiendo desde los renglones torcidos de la historia.

En esta historia, se nos cuenta que había tres árboles en el bosque y cada uno tenía un sueño distinto. Uno de los árboles soñaba con convertirse en un arca de tesoros; otro soñaba

con viajar y ver mundo; y el tercero con ser, sencillamente, un árbol y seguir albergando la vida. Un día los talaron y el primero fue vendido a unos pastores que lo convirtieron en abrevadero para el ganado; el segundo lo compraron unos pescadores que construyeron con él una barca, y el tercero quedó simplemente apilado junto a una caseta... ¡*Se acabaron los sueños!* pensaron los tres árboles. Pero un día, aquellos pastores auxiliaron a una pareja en apuros —ella estaba embarazada, a punto de dar a luz, les prestaron el cobertizo de su ganado y arreglaron uno de los abrevaderos para acomodar al recién nacido.

Años más tarde, un hombre pidió a los pescadores su vieja barca y remaron mar adentro. En mitad del lago se levantó una tormenta y la barca comenzó a zozobrar, pero el hombre se levantó, increpó a los elementos y el sol volvió a salir danzando sobre las aguas. Tiempo después, unos soldados agarraron el tronco apilado junto a la caseta y se lo colgaron sobre los hombros a un hombre herido y coronado de espinas; luego lo clavaron hasta quedar hombre y tronco empuñados por la misma sangre...

Moraleja: Nosotros somos como esos viejos árboles: El primero soñó albergar un tesoro, pero nunca pudo imaginar el tesoro que albergaría en su corazón de árbol, nunca imaginó el tesoro que Dios le tenía reservado. Como tampoco imaginaba el segundo que, al soñar con ver mundo, el mundo entero lo descubriría en unos ojos y en un rostro inesperado. O como el tercero, que al querer ser, sencillamente, un árbol lleno de vida, de él colgaría la vida misma.

¿Qué es lo que nos hace descubrir el don que multiplica por mil el mejor de nuestros sueños? Esa capacidad contemplativa, esa capacidad que nos hace perforar las cosas, mirarlas por dentro. El discernimiento, el mucho examinar, el mucho descubrir que este mundo se mueve y que probablemente se mueve en la dirección que nosotros empujamos. También la extrema atención sobre la realidad; las parábolas de la vigilancia nos hablan precisamente de ese estado permanente en el que hemos de atisbar siempre lo nuevo que llega a nosotros —ése es el espíritu del adviento— de puntillas, y con todos nuestros sentidos abiertos para percibir que lo nuevo llega.

El cuarto pilar es la paciencia; y cerramos el círculo. La esperanza tiene que estar también urdida de paciencia.

Vaclav Havel, que primero fue un militante antiautoritario, que sufrió tantas veces la cárcel, y terminó siendo el presidente de la República Checa, recibió en 1994 el premio Carlomagno por su contribución a la construcción de Europa, de esa Europa de las libertades, de la democracia, de la mejor de las Europas que hubiésemos querido votar con convicción en una Constitución un poco diferente a la que tuvimos que votar el otro día, una Constitución un poco más de todos, una Constitución que caminara un poco más en la dirección de nuestros sueños. Al recoger aquel premio Havel tuvo, como buen literato, estas palabras llenas de sentido hondo, de profundidad, de poesía: *Muchas veces he querido acelerar la historia de la misma manera que un niño quiere hacer que una planta crezca más rápidamente, y es tirando de ella. Creo que el arte de la espera tiene que aprenderse igual que el arte de la creación; hay que plantar pacientemente las semillas, regar la tierra y dar a las plantas el tiempo que necesitan para crecer. No se puede ser más listo que las plantas, pero también se puede regar la historia todos los días y con paciencia, no sólo con humildad, sino también con amor.*

La paciencia y la esperanza tienen en la creación el modelo. El arte de la espera ha de aprenderse igual que el arte de la creación, pero la paciencia y la esperanza han de ser siempre cualidades del amor. Quien ama las plantas las riega, las protege pacientemente cada día, las habla.... Quien quiere a sus semejantes les cuida, les tiende su mano todos los días y con paciencia. Terminó con estas frases de una carta que Ernesto Sábato escribe a los jóvenes: *El amargo presente al que nos enfrentamos exige que nuestras palabras, nuestros gestos, nuestras obras, se consagren a expresar la angustia, el dolor, el horror, el peligro... Que nuestra primera palabra sea también para definir un tiempo arduo, difícil, para mirar esa realidad en la que estamos sumergidos, pero también nuestros gestos, nuestras obras, han de consagrarse a la esperanza, al coraje, a la solidaridad.*

Ése es el espíritu que necesitamos y que aquí hemos denominado de paciencia y esperanza.

CIPRIANO DÍAZ MARCOS

Aula de Teología de Cantabria, 25 de febrero de 2005